

El sastre valiente

Había una vez un pequeño sastre llamado Joanet. ¡Era pequeño, sí, pero bien espabilado! Cada día, desde la mañana hasta que oscurecía, cosía ropa en su pequeño taller. ¡Tac-tac! ¡Tac-tac! Sonaba su aguja, siempre rápida.

Un buen día, Joanet se hizo una tostadita con mermelada de fresa. ¡Ummm! ¡Qué buena! La dejó sobre la mesa para ir a por un poco de leche. Pero cuando volvió... ¡ay, ay, ay! Siete moscas grandes y pesadas se estaban atiborrando como si fueran de fiesta.

—¡Aaaah, eso no puede ser! —gritó Joanet.

¡Y patapam!, con un paño de cocina, ¡las mató todas de una sola vez!

Joanet se quedó mirándolas: una, dos, tres... ¡siete!

—¡Siete de una vez! —dijo con una amplia sonrisa—. ¡Eso hay que saberlo!

Cogió un trozo de tela, sacó el hilo y la aguja y bordó gordo: “SIETE DE UNA VEZ”. Después, se la abrochó como una faja, bien visible sobre la barriga. Y dijo:

—¡Joanet el valiente sale a ver mundo!

Y chip-chap, chip-chap, con la mochila en la espalda y la faja reluciente, se marchó hacia la aventura.

Caminó por el bosque, entre árboles altos y pájaros que cantaban. Y de repente… ¡TUM! TUM! La tierra temblaba un poco. ¡Era un gigante! Un gigante alto como una torre y con una barba larga como una escalera.

El gigante vio a Joanet y leyó su faja:

—¿SIETE DE UNA VEZ? ¡Bah! ¡No me lo creo! ¡Eres demasiado pequeño!

Pero Joanet no se asustó. Se puso en pie, se ajustó un poco la faja y dijo:

—No creas que el tamaño lo es todo. ¿Quieres ver de qué soy capaz?

El gigante, curioso, aceptó el reto.

—Vale, ¡haremos pruebas! ¡Quién sea más fuerte, gana!

La primera prueba era: sacar agua de una piedra.

El gigante cogió una piedra tan grande como una calabaza y la apretó con todas sus fuerzas… ¡mmmphh! grrr! Pero nada.

Joanet, que llevaba un queso blando en la mochila, lo cogió y lo apretó fuerte… ¡xxt! ¡Y salió un chorro de líquido blanco!

—¡Venga! —dijo el gigante—. ¡Esta piedra tiene jugo!

—Ya ves… —dijo Joanet, con una sonrisa traviesa.

Segunda prueba: tirar una piedra lejos.

El gigante cogió una gigantesca roca y la lanzó con tanta fuerza que desapareció detrás de las montañas.

—¡A ver si me superas, pequeñito! —gritó el gigante.

Pero Joanet sacó otra cosa de su bolso: ¡un pajarito! Y, con mucho cuidado, le dejó volar. El pájaro subió, dio una vuelta y se fue volando muy lejos, ¡más lejos que la roca!

—¡Qué lanzamiento! —dijo el gigante con los ojos abiertos.

—Cuando se vuela, se vuela —dijo Joanet, como si fuera lo normal del mundo.

El gigante, cada vez más impresionado, dijo:

—Vale, ven a mi madriguera y duerme aquí esta noche. Eres un tipo interesante.

Pero ay, que no se fiaba mucho, Joanet. Aquella noche, cuando fue la hora de acostarse, el pequeño sastre llenó la cama con piedras y él se escondió detrás de una cortina.

A medianoche, el gigante se levantó de puntillas, cogió un gigantesco bastón y ¡PAM! Dio un golpe fortísimo en la cama.

—¡Eso te pasa por ser tan listo! —murmuró el gigante.

Pero al día siguiente... ¡toque-toque! Joanet salió detrás de la cortina, ¡fresco como una rosa!

—¡Buenos días! ¡He dormido como un rey! —dijo con un bostezo teatral.

El gigante quedó blanco como el azúcar.

—Este pequeño… ¡es inquebrantable!

Y corrió monte arriba, asustado y sudado, gritando:

—¡Ayúdame! ¡Este pequeño puede con todo!

Cuando los pueblos vecinos supieron que el gigante había huido, todo el mundo aplaudió a Joanet.

—¡Eres un héroe!

—¡Gracias, pequeño sastre valiente!

—¡Viva Joanet!

Le hicieron una fiesta con música, tarta y globos, y le llevaron a hombros.

Joanet, todo feliz, dijo:

—Mira que yo sólo quería coser en paz… ¡pero las aventuras también hacen gracia!

Y así, el pequeño sastre que empezó matando a siete moscas con un trapo, se convirtió en un héroe querido por todos.

Y aún hoy, si pasas por ese pueblo, quizás veas un letrero que dice:

«Bienvenidos al pueblo del sastre valiente!»

Y si escuchas bien… quizás incluso oigas el sonido de una aguja cosiendo:

¡Tac-tac! ¡Tac-tac!